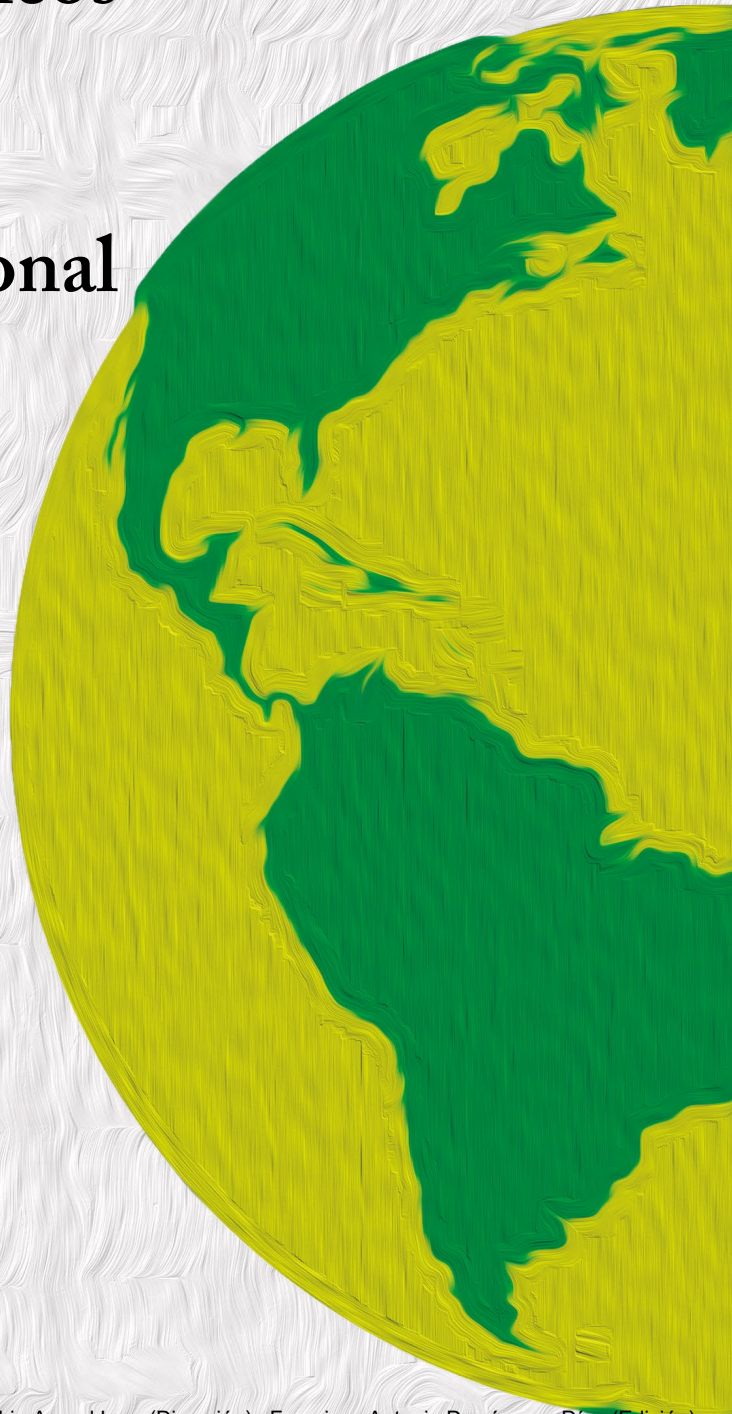


Estudios contemporáneos sobre geopolítica, conflictos armados y cooperación internacional

LIBIA ARENAL LORA
(Dirección)

FRANCISCO ANTONIO DOMÍNGUEZ DÍAZ
(Edición)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A



Tema 2

Módulo 1

Sección IV: Monográfico sobre Mundo Árabe

Autor: Francisco Antonio Domínguez Díaz

Universidad de Sevilla

© AULA DE FORMACIÓN FUNDACIÓN PARA LA COOPERACIÓN APY

Índice

1. Balance provisional de la situación geopolítica, económica y de seguridad del mundo árabo-musulmán	119
2. Análisis de los principales procesos en curso en el Magreb: Sahara Occidental, Túnez y Libia	119
3. Análisis de los principales procesos en curso en Oriente Próximo: conflicto palestino-israelí, Egipto y Turquía	125
4. Análisis de los principales procesos en curso en Oriente Medio: Irak, Yemen e Irán	129
5. Análisis de la evolución del terrorismo yihadista: Al Qaeda y Dáesh	135
6. Bibliografía	138

1. Balance provisional de la situación geopolítica, económica y de seguridad del mundo árabo-musulmán

El escenario de seguridad en el Magreb está condicionado por su cercanía a dos regiones geoestratégicas que generan inseguridad: El Sahel y Oriente Medio. Por otra parte, las manifiestas divergencias entre las principales potencias de la región (Marruecos y Argelia), generan barreras para acometer los retos de seguridad en la Ribera Sur mediterránea, unas amenazas que acechan a Europa. En la evolución de la situación en las conflictivas regiones mencionadas y en el acercamiento entre las dos potencias regionales se encuentran las claves de la evolución del escenario de seguridad actual. Unos aspectos en los que el aumento de la gobernanza, el desarrollo económico y social y, por ende, la cooperación internacional, sin olvidar la actividad diplomática que facilite derribar barreras, tienen una especial incidencia. De esta forma, será principalmente del comportamiento de estos factores a lo largo de las dos próximas décadas de los que dependerá la situación final.

La República de Turquía, vuelve a participar activamente en el tablero geopolítico de Oriente Próximo. En los últimos años, Ankara no ha dudado en reorientar su estrategia, militar y política, con el objetivo de jugar un papel más destacado en la región. En el escenario post-Dáesh, se van a configurar unas nuevas esferas de influencia de las que Erdoğan puede sacar importantes beneficios. Con la presencia de Irán cada vez más afianzada en Oriente Próximo, Ankara busca expandir su influencia para convertirse en el principal valedor de la causa sunní, entre otras cuestiones, blindando sus fronteras frente al avance iraní a través del empoderamiento de la población sunní en el norte de Siria y de Irak.

La región del golfo Pérsico vuelve a estar sometida a una situación de gran tensión, fundamentalmente debido al abandono estadounidense del Acuerdo Nuclear, o Plan de Acción Integral Conjunto, en mayo de 2018 y la derivada reimposición de sanciones comerciales a Irán. Estos hechos son consecuencia del desequilibrio en el orden regional que dio lugar a la retirada de las fuerzas militares estadounidense desplegada en el área a partir de 2011. El fin de la presencia militar masiva de los EE. UU. proporcionó a Irán la oportunidad para expandir su influencia a lo largo de toda la región, aprovechando los numerosos conflictos que existen en esa parte del mundo, una situación que ha dado lugar a una importante percepción de inseguridad en los aliados regionales estadounidenses. Así, los EE. UU. ahora tratan de restablecer el equilibrio regional, recortando la capacidad de Irán para intervenir en las naciones de su entorno, mediante unas sanciones reforzadas que reduzcan la capacidad de financiación del régimen de Teherán. Frente a esto, Irán responde con amenazas de uso de la violencia y presión diplomática, lo que ha provocado un incremento, aunque limitado y posiblemente temporal, del despliegue militar estadounidense en Oriente Medio.

2. Análisis de los principales procesos en curso en el Magreb: Sahara Occidental, Túnez y Libia

El territorio del Sáhara Occidental ha sido objeto de numerosos intentos de ser conquista a lo largo del siglo XIX, primero por los portugueses y posteriormente por los españoles. Hasta finales de dicho siglo no se logra conquistar el Sáhara Occidental de forma efectiva, que llegó a materializarse con la Conferencia

de Berlín de 1884-1885. Esta conferencia tuvo como fin la repartición de África entre las grandes potencias europeas signatarias. En consecuencia, España logró la “concesión de Saguia el Hamra y Río de Oro como territorio a colonizar”. Los intereses de España en el Sáhara Occidental fueron tanto económicos (existen con grandes reservas pesqueras y minas de fosfato) como político (cercanía a las Islas Canarias).

La reivindicación de Marruecos del territorio del Sáhara Occidental como propio desembocó en la creación del Movimiento de liberación del Sáhara Occidental, liderado por Mohamed Basiri. Se trata de un movimiento nacionalidad que lucha por la independencia del Sáhara Occidental y Río de Oro. En el contexto de Naciones Unidas, se comenzaron a adoptar varias Resoluciones para impulsar el proceso de descolonización. En 1963, el comité especial de Descolonización de la ONU incluiría el Sahara Español en la lista de territorios que debían ser descolonizados. Entre ellas, podemos resaltar la Resolución 2229 (XXI), de 20 de diciembre de 1966, una trascendental resolución que solicitaba a la potencia administradora (España) que facilitase la organización de un Referéndum libre, democrático e imparcial, y bajo la supervisión de Naciones Unidas, en virtud del cual se reconocería el derecho de libre determinación a los pueblos del Sáhara Occidental. Entretanto, Marruecos decide llevar estas cuestiones territoriales dentro de un marco de relación bilateral con España.

Transcurrida aproximadamente una década y sin visos de alcanzar solución alguna del conflicto, en mayo 1973, militantes nacionalistas saharauis Fundan el Frente POLISARIO (el Frente Popular de Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro). El Frente POLISARIO adoptó un programa de corte socialista y panárabe, basado en la lucha armada, y tomando como referencia la revolución argelina. En el mismo mes de su creación, dan comienzo las acciones armadas en forma de guerrillas, dirigidas por Brahim Ghali, el nuevo secretario general

del Frente Polisario. Durante los dos años siguientes y hasta la salida de los españoles, el territorio saharauí sería un escenario bélico las fuerzas españolas y guerrillas locales con el fin de la liberación del Sáhara Occidental. El ejército español emprendió la “operación barrido” con la finalidad de eliminar las bandas polisarias que habían extendido en “su territorio”. El último ataque del Frente POLISARIO contra las fuerzas militares ocupantes tuvo lugar durante el mes de junio de 1975. Además de los ataques armados, otras acciones que organizó el Frente Polisario fueron manifestaciones, protestas y sabotajes en varios puntos del territorio.

Presionado por la guerra en el Sáhara y el Derecho Internacional, que reconocía el Derecho de autodeterminación a los territorios sujetos al colonialismo, España, el 20 de agosto de 1974, anunció ante Naciones Unidas su intención de celebrar un referéndum dentro de los seis primeros meses de 1975, manifestado que lo principal sería respetar los deseos de la población saharauí.

En la actualidad, la tensión entre Marruecos y el Polisario se hace cada vez más visible en la Unión Africana (UA), con consecuencias para el continente. En marzo de 2017 tal tensión se manifestó en el marco de la reunión de ministros de Finanzas de la UA con la Comisión Económica para África de la ONU, celebrada en Dakar, y en la que Marruecos protestó al no ser reconocida la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) por la ONU, pero estar dicho «ente» participando en una reunión con la Comisión Económica en Naciones Unidas. Otro escenario de tensión en el contexto de la causa saharauí fue la reunión en Maputo de la Conferencia Internacional de Tokio sobre Desarrollo en África (TICAD por sus siglas en inglés), en la que el ministro marroquí de Asuntos Exteriores, Nasser Bourita, criticó la presencia de la RASD. Marruecos ha conseguido en cualquier caso algunas victorias en el marco de su ofensiva diplomática: antes de su reincorporación a la UA había

animado que en julio de 2016 hasta 28 Estados de la Unión firmaran una moción pidiendo la suspensión de la RASD. Así, por ejemplo, en mayo de 2017 Malawi le retiró a la RASD su reconocimiento; y en 2018 Marruecos logró que se retirase la referencia a «territorio ocupado» en algunos documentos oficiales de la UA.

Libia

El 19 de marzo de 2011, fuerzas militares francesas y británicas, apoyadas por los Estados Unidos, intervenían en Libia en apoyo a los rebeldes que combatían contra el gobierno de Muamar el Gadafi en clara desventaja. Varios meses después, en octubre de ese mismo año, se producía la muerte del dictador y la caída del régimen. Desde entonces, la «nueva Libia» no ha conseguido crear las condiciones de seguridad necesarias para iniciar su transición hacia un Estado democrático y se ha ido progresivamente deslizando hacia una situación de caos y desgobierno. Cuatro son los problemas principales que definen la situación libia y que han condicionado de una manera clara su porvenir.



Proliferación de milicias armadas



Tensiones territoriales, especialmente las regiones Cirenaica y Tripolitana



Abundantes recursos neregéticos



Seguridad regional, con especial impacto del yihadismo salafista

En julio de 2012 tuvieron lugar elecciones constituyentes, creándose como sede parlamentaria el Congreso General de la Nación (CGN) y un gobierno provisional. Ambas instituciones no fueron capaces de controlar los enfrentamientos armados entre distintas facciones asentadas que controlaban a su vez importantes áreas territoriales, incluyendo vastos campos petrolíferos.

En ese periodo surgirá, apoyado por Egipto y Arabia Saudí, la figura del autodenominado mariscal Hafter, antiguo general del Ejército libio que dispondrá de una importante fuerza militar armada constituida por efectivos terrestres del antiguo Ejército libio (medios acorazados y mecanizados), así como de la fuerza aérea que integrará en el Ejército Nacional de Libia (LNA). En 2014 iniciará, la denominada «Operación Dignidad» cuyo objetivo sería deponer al CGN (conformado en esos momentos por alianzas islamistas) y acabar con las células terroristas del Dáesh establecidas en importantes enclaves de Libia. La Operación Dignidad contará con el apoyo de gran parte de las milicias armadas.

En 2015 se celebran unas nuevas elecciones y se decide que el Parlamento y el nuevo gobierno se instalen en Tobruk (este) ante la situación de enfrentamiento armado entre facciones que existían en Trípoli (ambas instituciones se encuentran enfrentadas políticamente). A instancias de la ONU se alcanza el «Acuerdo Político Libio» por el que se constituye el «Gobierno de Acuerdo Nacional» (GAN) con sede en Trípoli y se reconoce la Asamblea de Tobruk como Parlamento. El gobierno liderado por Al Sarraj (GNA) cuenta con el reconocimiento internacional, aunque no con parte de las milicias armadas libias. El LNA, desde su creación, controla el este y sur del país y, en enero de 2019 inició una campaña para controlar los campos petrolíferos del sur y trasladarse al oeste del país, con objeto de tomar Trípoli.

La primera semana de abril de 2019 y coincidiendo con la visita del Secretario General de la ONU al país, el LNA lanzó una ofensiva armada (*Marcha de la Victoria*) que llegó a unos

pocos kilómetros de Trípoli, con objeto de controlar la capital. Las milicias leales al gobierno han bloqueado el LNA hasta el momento, aunque continúan los enfrentamientos esporádicos cerca de Trípoli.

Con objeto de cumplir lo establecido por el Acuerdo Político Libio se convocaron elecciones presidenciales y parlamentarias que deberían haberse llevado a cabo en diciembre de 2018 y que fueron suspendidas debido a la persistente violencia armada y el pulso político entre el GAN y la CGN. Ante esto, el enviado especial de la ONU para Libia presentó un Plan de Acción con objeto de alcanzar la reconciliación del país y una salida política mediante la convocatoria de la Conferencia Nacional que tendría lugar los días 16 y 17 de abril y que ha sido suspendida. La convocatoria contó con el apoyo explícito del Cuarteto para Libia (ONU, Unión Europea, Unión Africana y Liga Árabe).

El Consejo de Seguridad de la ONU se ha reunido varias veces y ha instado a las partes a buscar una vía política del conflicto. Ghassan Salamé, Representante Especial del Secretario General y jefe de la Misión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia (UNSMIL), ha enfatizado sobre la solución política y pacífica y que no puede existir una salida militar. En este sentido se ha informado sobre la intensificación de la violencia, el reforzamiento de grupos terroristas como el ISIS y Al-Qaeda y, en definitiva, del alto riesgo de resurgimiento de una cruenta guerra civil que causaría una división permanente y afectaría a naciones vecinas.

La principal fuente de ingresos del sigue siendo la venta del petróleo. El fuerte descenso en su producción durante los primeros años de guerra civil y enfrentamientos armados, con el consiguiente cambio de control de los campos petrolíferos y gasísticos, se ha ido recuperando progresivamente y se ha visto beneficiado por el alza de los precios del petróleo (España también se ha visto afectada por la situación de inestabilidad en Libia). Libia es el país con las mayores reservas de hidrocarburos en África.

En 2019, la presión migratoria hacia Europa desde los países africanos del área del Mediterráneo Central, especialmente desde Libia, continúa en descenso (2019 un 95 % menos que en el mismo periodo en 2018). La escalada del conflicto armado en Libia no se ha traducido por el momento en un aumento de salidas de inmigrantes hacia Europa. No obstante, sí se han incrementado los desplazamientos internos en el país.

En este sentido, un aumento de la escalada y generalización del conflicto armado en el país podría provocar el desplazamiento interno o hacia algún país más estable de la región (Túnez, Argelia, etc.) de la bolsa de inmigrantes que permanece en el país, estimada en unas 600 000 personas. Si esto se produjera la ruta del Mediterráneo occidental, que toman como destino las costas españolas, podría verse afectada. Sin embargo, no es probable un aumento inmediato de salidas de inmigrantes hacia Europa, debido a la menor capacidad de actuación de las redes de tráfico de personas que operan en el oeste del país.

Por su parte la UE acordó la extensión, hasta el 30 de septiembre, de la operación EUNAVFORMED Sophia, de lucha contra las redes de tráfico ilegal de personas en el Mediterráneo central, en apoyo a los guardacostas libios, aunque se suspende temporalmente el despliegue de medios navales, no así los aéreos en tareas de vigilancia.

Además del conflicto de intereses en el país debemos sumar la presencia yihadista. A este respecto destaca Dáesh, puesto que es el grupo con mayor actividad terrorista. Tras la declaración del Califato por el parte del Dáesh se produce un movimiento de expansión de este grupo terrorista salafista. Libia, debido a su inestabilidad fue un lugar propicio para su asentamiento y consiguen establecerse en Bengasi, Derna y Trípoli, desplazando a otros grupos yihadistas, como al-Nusra vinculados a Al Qaeda. Con la Operación Amanecer, liderada por Haftar, estas células se ven disminuidas y en gran parte diezmadas, dispersándose hacia el sur y centro del país, permaneciendo en muchos casos como

células durmientes. A pesar de que fueron expulsados de bastiones como Sirte, siguen activos habiendo abandonado la estrategia de expansión territorial en favor de los métodos de guerrilla.

Grupúsculos del Dáesh se han instalado en el sur del país tras sus derrotas en el norte como consecuencia de los ataques del LNA, sin una fuerza operativa clara. Por su parte, Al Qaeda sigue controlando la zona sur y las limítrofes con Argelia, Chad y Níger, donde se da un conglomerado de elementos terroristas, tuareg y distintas tribus.

Túnez

Tres años después del colapso del régimen del presidente Zine el Abidine Ben Alí y de las primeras elecciones libres que tuvieron lugar entre el 20 y el 23 de octubre de 2011, Túnez adoptó una Constitución democrática y formó un Gobierno nacional a través de consensos generales y con amplio apoyo popular. En este sentido Túnez puede considerarse una excepción en relación con otros países árabes que también han pasado por el proceso de la denominada Primavera Árabe.

Ahora bien, el entusiasmo con que se inició la revolución ha ido dejando paso a una creciente desilusión entre amplios sectores de la población, ante las serias dificultades a las que se enfrentaría el Estado tunecino. La victoria del partido Ennahda, un partido islamista moderado, no se tradujo en una mejora de las condiciones de vida y de la situación política del país y los problemas económicos y sociales que empujaron a los ciudadanos a rebelarse en 2010, están lejos de haber sido resueltos.

Tres son los principales problemas a los que se enfrenta Túnez, y cuya solución va a determinar en los próximos años el éxito o fracaso de un proceso de transformación político, social y económico pionero en el mundo árabe y modelo para otros países vecinos:

1. TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

- Violencia política
- Consolidación de las estructuras democráticas

2. ECONOMÍA

- Desafíos económicos
- Aspiraciones de la población de progreso económico
 - Auge del islamismo salafista

3. TERRORISMO

- Porosidad de las fronteras
- Terrorismo y contrabando

Fuente: elaboración propia.

En las primeras elecciones constituyentes de 2011 tras la huida de Zine El Abidine Ben Alí, Ennahda obtuvo el 37 % de votos, frente al 8,7 % de Congreso para la República (CPR) en segunda posición y al 6,7 % del también islamista Aridha Chaabia (Petición Popular) en tercera. La amplia victoria de Ennahda se debió, por un lado, al fuerte tejido organizativo y de solidaridad que los islamistas habían ido creando desde hacía varias décadas, debido a que bajo los regímenes autoritarios de Burghiba y Ben Alí, ambos contrarios a la islamización de la sociedad, sufrieron una fuerte persecución. Por otro lado, la oposición política al islamismo llegó a esas elecciones con débil organización y muy fragmentada políticamente. Tanto los herejeros de la dictadura (como la Iniciativa Nacional Destouriana), como las fuerzas democráticas de nuevo cuño (Afek Tounes o Unión Patriótica Libre), como la oposición de izquierdas (Frente

Popular), todos ellos contrarios a los postulados de Ennahda, no llegaron a unir sus fuerzas debido a hondas diferencias ideológicas que una mera oposición al islamismo no permitió salvar.

En las siguientes elecciones legislativas y presidenciales de 2014 el panorama cambiaría. Tras la aprobación de la Constitución el 26 de enero de 2015, siguieron las elecciones legislativas de 26 de octubre y 23 de noviembre, y posteriormente, las primeras elecciones presidenciales por sufragio universal, libre y democrático el 21 de diciembre de 2014. Beji Caid Essebsi, antiguo alto cargo político durante los regímenes anteriores, decidió solucionar la fragmentación política existente fundando Nidaa Tounes, una coalición secular amplia con tendencia anti islamista. La operación tuvo éxito y logró que el partido alcanzase la victoria en las legislativas con el 37,5 % de votos frente al 27,8 % de Ennahda. Essebsi se convertiría en presidente de la República. Sin embargo, el principal problema de la coalición secular residía en su gran diversidad ideológica interna, lo que les traería graves consecuencias poco después. Túnez quedó entonces dividido en un sistema eminentemente bipartidista. De una parte, el bloque islamista de Ennahda y de otro, la coalición secular de Nidaa Tounes. La nueva correlación de fuerzas actualizaba el clásico eje político islamismo/antislamismo, existente en Túnez durante la época dictatorial y también, con sus particularidades, en la etapa democrática. Los sucesivos Gobiernos no han conseguido llevar a cabo reformas económicas y políticas necesarias que permitan mejorar la situación de la población ni acabar con el terrorismo.

En los últimos diez años, Túnez ha presentado un crecimiento anual promedio de 5 %, pero la economía se estancó debido a las dificultades políticas, económicas y geopolíticas que han afectado al país desde 2009. Se estima, según datos del FMI, que el crecimiento real del PIB haya sido de 2,6 % en 2018, ligeramente superior al 2,4 % del año anterior. Aunque la economía sigue fragilizada tras la revolución y la crisis económica mundial, las condiciones de seguridad han

mejorado considerablemente en los dos últimos años, generando un mejor clima de negocios. El déficit presupuestario y el saldo de la cuenta corriente son unos de los principales motivos de preocupación. El endeudamiento exterior amentó considerablemente en los últimos años, pasando del 43 % en 2011 al 69 % del PIB en 2017. La paulatina depreciación del dinar incrementará la inflación y, por ende, el coste de la vida, han forzado el gobierno tunecino a implementar una serie de medidas fiscales, políticas y económicas para incrementar el crecimiento del PIB en 2020, estimado en el 2,4 %. En este sentido el gobierno tunecino introdujo diferentes medidas fiscales, que buscan luchar contra la evasión fiscal y mejorar los impuestos sobre ingresos.

Túnez se ha enfrentado desde la revolución de 2011 a un aumento de la violencia yihadista de baja intensidad que ha adquirido diferentes formatos. Las actividades de proselitismo dieron lugar a la aparición de un férreo control moral de barrios humildes y orquestado principalmente por el grupo terrorista Ansar al Sharia. En los años 2015 y 2016 entra en acción Daesh con actividades terroristas con impacto estratégico. En marzo y junio más de 60 turistas extranjeros fueron asesinados en el museo Bardo en Túnez y en el hotel Marhaba en Port el Kantaoui. El pasado 27 de junio de 2019, el Estado Islámico reivindicó los dos atentados suicidas contra objetivos policiales que han sacudido el centro de la capital de Túnez, provocando la muerte de un agente de policía y, el menos, ocho heridos. A pesar de ello, se aprecia en los últimos años cierta mejora en la lucha contra el terrorismo, como se demuestra con la estrategia nacional de lucha contra el terrorismo (centrada en cuatro pilares: prevención, protección, persecución y respuesta) y la modernización del equipamiento y capacidades del Ejército.

Por otro lado, el vacío de seguridad que se produjo a la caída de Ben Alí en 2011, junto con el caos originado por la revolución violenta y la consecuente anarquía en Libia,

pueden considerarse las causas principales que explican el incremento del tráfico ilegal transfronterizo. El contrabando y la introducción de mercancías peligrosas, como armas, grandes cantidades de armas y explosivos, a través de la frontera con Libia y Argelia genera mucha preocupación al gobierno tunecino.

3. Análisis de los principales procesos en curso en Oriente Próximo: conflicto palestino-israelí, Egipto y Turquía

El conflicto palestino-israelí

Las raíces históricas contemporáneas del conflicto palestino-israelí encuentran su punto de inflexión en 1947 cuando la resolución 181 del Consejo de Seguridad de la ONU divide el territorio de Palestina, bajo mandato británico, en dos Estados y, poco después, proclamando el Estado de Israel (1948). Tras la guerra de 1948-49 Israel se anexiona Jerusalén oeste, y Egipto y Jordania pasan a controlar Gaza y Cisjordania, respectivamente. En 1967, Israel ocupa Jerusalén Este, Cisjordania y Gaza tras vencer en la llamada Guerra de los Seis Días contra los países árabes. A lo largo de las últimas dos décadas y media ha habido numerosos intentos de negociación, casi todos ellos patrocinados por los EE. UU., pero que ninguno ha llegado a fructificar de manera definitiva.

Los primeros intentos de lograr un acercamiento de posturas en el conflicto palestino-israelí tuvieron lugar en la Conferencia de Paz de Madrid, celebrada entre el 30 de octubre y el 1 de noviembre de 1991 bajo el patrocinio de los EE. UU., y de una agonizante URSS. Muchos analistas criticaron la conferencia,

ya que ningún acuerdo fue adoptado, ni en la propia conferencia ni en las reuniones bilaterales mantenidas a posteriori. No obstante, desde otro prisma, hay quien resalta la absoluta excepcionalidad de esta, en tanto que se consiguió poder sentar en torno a una mesa a representantes de identidades que hasta entonces parecían irreconciliables.

Poco tiempo después se establecerían las bases del proceso de paz del conflicto, que hasta hoy perduran. El 13 de septiembre de 1992 se firmaron los Acuerdos de Oslo en la Casa Blanca, bajo los auspicios de Washington (por un lado, el primer ministro israelí, Isaac Rabin y, por otro, el líder palestino Yassir Arafat). En virtud de tales acuerdos se establecieron las siguientes medidas:

- i) la posible solución de los “dos Estados”, sobre la cual hoy se sigue discutiendo;
- ii) fin a la intifada iniciada en 1987 y
- iii) una guía consensuada para posteriores discusiones y negociaciones entre las partes.

Los acuerdos de Oslo de 1993 reconocieron formalmente la autonomía de los territorios palestinos, si bien su implementación se vería impedida por la ocupación militar y por el control del territorio impuesto por Israel.

El siguiente intento de avanzar en el proceso de paz fue la cumbre de Wye River, Maryland, EE. UU., en octubre de 1998, que dio lugar a un memorándum firmado por Netanyahu y Arafat para impulsar los acuerdos previos y proceder a los repliegues israelíes correspondientes.

A lo largo de las últimas dos décadas y media ha habido numerosos intentos de negociación, casi todos ellos patrocinados por los EE. UU., pero que ninguno ha llegado a fructificar de manera definitiva. Probablemente, la gran oportunidad perdida de lograr un acuerdo de paz de reconciliación aconteció en

Camp David, en julio del año 2000. A pesar de la constante intermediación de Clinton y, tras una serie de desavenencias entre Arafat y el primer ministro israelí Barak concernientes a la soberanía sobre parte del territorio y de templos judíos y árabes, la Cumbre resultó un auténtico fracaso.

El conflicto actual entre Israel y los diferentes actores palestinos se reactiva en el año 2000 con el estallido de la 2ª Intifada (“Al Aqsa”) propiciada por el fracaso del proceso de paz promovido¹.

Un nuevo ademán para recuperar el fracasado proceso de paz fue la denominada “hoja de ruta” de George W. Bush, cuyo principal objetivo fue el establecimiento en tres fases de un estado palestino viable y que coexistiera en paz con Israel. Nuevamente no se obtuvo éxito, aunque, al menos, se consiguió el cese de la violencia por ambas partes y cierta normalización de la vida en territorio palestino.

En los años posteriores, la Administración norteamericana insistió en brindar un marco negociador estable, primero con la Cumbre de Annapolis, Maryland, EE. UU. y luego con las diversas intervenciones de Obama (hasta la iniciativa de paz de John Kerry, 2013-2014).

Siguiendo a Albentosa Vidal, algunos de los motivos que han impedido llegar a consolidar una solución definitiva al conflicto palestino-israelí se enuncian a continuación:

- Las partes enfrentadas, la israelí y la palestina, son extremadamente complejas y polimorfos, y las posiciones intransigentes y extremistas de los respectivos interlocutores políticos dificulta el entendimiento. Simbólicamente, estas posiciones inflexibles se observan en el estatus de la ciudad santa de Jerusalén.

- La falta de cohesión para adoptar una posición común y fuerte entre los distintos actores palestinos es otro de los principales obstáculos para alcanzar una solución final.
- El retorno de los refugiados es otra cuestión espinosa y recurrente motivo de discrepancias.
- El bloqueo israelí actual sobre la franja de Gaza es insostenible y alimenta interesadamente a las posturas y discursos radicales de uno y otro lado. Del mismo modo, la política de expansión de asentamientos judíos en Cisjordania aviva las tensiones entre las comunidades.
- La comunidad internacional y, específicamente EE. UU. el único interlocutor con poder efectivo para resolver el conflicto, se han visto incapaces para resolver el conflicto y, a mayor abundamiento, tienen otros intereses estratégicos en la Oriente Próximo y Oriente Medio. A todo esto, habría que añadir la dramática situación e inestabilidad política, económica y social en la que se encuentran la mayoría de países del entorno a raíz de las Primaveras Árabes.

Turquía

Turquía es un puente entre Oriente Medio y Europa. Desde la promulgación de la República de Turquía en 1923, el acercamiento con Europa ha ido acompañado de un incremento de relaciones comerciales y políticas entre las dos partes. Actualmente, la UE es uno de los bloques económicos de mayor

1 Pocas semanas después de la cumbre de Camp David a finales de septiembre, el líder de la oposición en Israel, Ariel Sharon, se paseó por la explanada de las mezquitas en un acto de provocación total, que fue la chispa que hizo saltar el estado de calma tensa que imperaba en los territorios ocupado y que, a la postre, desencadenaría la Segunda Intifada.

importancia a nivel mundial, por lo que algunos Estados como Turquía consideran su adhesión clave en su política exterior.

Existen diversos factores que han atrasado el ingreso de Turquía a la UE entre los que se destacan los criterios de adhesión a la UE establecidos en el artículo 49 del TFFUE (criterios De Copenhague), así como intereses políticos, económicos y religiosos. Desde este último punto de vista, existe la incertidumbre respecto a la islamización de Turquía y sus problemas con la democracia y los Derechos Humanos, siendo estos dos valores fundamentales de la UE. Turquía en los últimos años ha dado un giro hacia el islamismo de la mano del primer ministro Erdogan del Partido para la Justicia y el Desarrollo (AKP).

Desde agosto de 2006, las Fuerzas Armadas turcas han iniciado operaciones militares en el norte de Siria. La última intervención militar, llamada Operación Fuente de Paz aconteció en octubre de 2019 con dos claros objetivos estratégicos. El primero de ellos sería establecer una zona de seguridad de unos 30 km de anchura a lo largo de la frontera turco-siria, libre de combatientes de las Unidades de Protección Popular (YPG), brazo armado del Partido de Unión Democrática (PYD), franquicia siria del Partido de los Trabajadores del Kurdistán turco (PKK).

Por otro lado, Turquía ha ocupado la parte norte de Chipre desde julio de 1974, tras la operación militar Atila. Turquía ejerce control tanto a través de la presencia de sus fuerzas armadas como de la autoridad que ejerce sobre la auto declarada República Turca del Norte de Chipre (o Chipre del Norte). Turquía es el único país que la reconoce explícitamente desde que en 1983 le concediera la independencia. La Organización de la Conferencia Islámica (OCI) reconoce desde 2004 a la República Turca del Norte de Chipre como un estado constituyente de una Chipre unida, bajo el nombre de “Estado Turco Chipriota”. Todos los demás Estados y Naciones Unidas reconocen la soberanía de la República de Chipre sobre toda la isla.

Egipto

El mariscal Abdelfattah El-Sisi alcanzó la presidencia de la República en 2014, con un considerable grado de apoyo popular y el 96 % de los votos en las elecciones presidenciales. Su antecesor, el islamista Mohamed Morsi, concedió amplias cuotas de poder a los Hermanos Musulmanes y reprimió violentamente a la oposición. El régimen de Sisi aprobó una Constitución más democrática y reconocedora de los derechos humanos, si bien esto no ha impedido aplicar una fuerte represión, inicialmente dirigida contra los Hermanos Musulmanes. Sisi revalidó su cargo en las elecciones presidenciales de marzo de 2018. Por primera vez en décadas en Egipto, Sisi ha tomado iniciativas económicas de calado: apertura de un nuevo ramal del Canal de Suez paralelo al anterior, proyectos de infraestructuras básicas y de transportes, construcción de viviendas sociales, zona de desarrollo industrial y comercial en el Canal de Suez, construcción de una capital administrativa situada entre El Cairo y el Canal, proyectos de irrigación, etc.

En materia presupuestaria, Egipto implementó una serie de ajustes para equilibrar el déficit en las cuentas públicas y así adecuarse a las exigencias del Fondo Monetario Internacional. En efecto, estos ajustes posibilitaron que el propio FMI aprobase en 2016 una importante línea de crédito para Egipto durante un período de tres años y así fomentar préstamos exteriores. Las consecuencias adversas de estas medidas se percibieron en una brutal inflación de los precios de los productos básicos y de primera necesidad (en 2017 la inflación estuvo entorno al 30 % anual).

Sea como fuere, es discutible que los proyectos del régimen generen y redistribuyan beneficios para la mayoría de la población. En tal caso, se atisbará la estabilización de un apoyo popular al régimen y, por tanto, una mayor libertad de acción en materia política y económica de este. Una mejora de las condiciones de vida de los egipcios redundará en un leve

fortalecimiento débil de la clase media y en un menor apoyo a opciones políticas extremistas, lo que probablemente facilitaría climas propicios para lograr avances democráticos en el régimen.

Egipto tiene que seguir haciendo frente a una amenaza yihadista que, aunque concentrada en la península del Sinaí en los últimos años, golpea también en la capital y en otras localidades del país dañando su imagen. La península del Sinaí se ha convertido en un creciente foco de inestabilidad. Desde el derrocamiento de Hosni Mubarak en 2011, la zona ha registrado un aumento de la actividad insurgente. Paralelamente a la convulsa transición egipcia, los grupos yihadistas con base en el Sinaí reorientaron el foco de sus acciones hacia las fuerzas de seguridad egipcias, en especial tras el golpe de Estado contra el Gobierno islamista de Mohamed Mursi (2013). Progresivamente, los grupos armados –en especial Ansar Beit al-Maqdis (ABM)– se han modernizado y han ampliado su capacidad bélica y objetivos militares, atacando también a turistas. La decisión de ABM de declarar lealtad a la organización radical Estado Islámico (ISIS) a finales de 2014 marcó un nuevo hito en la evolución de esta disputa. La complejidad del conflicto está influida por múltiples factores, entre los que destacamos la histórica marginación política y económica sobre población beduina (comunidad

mayoritaria en el Sinaí), las dinámicas del conflicto árabe-israelí y la convulsión regional.

Diversas instituciones han alertado sobre los métodos empleados por el Gobierno en su lucha contra ISIS, principalmente por las consecuencias de las campañas en la población civil. Amnistía Internacional denunció en marzo de 2018 el uso de bombas de racimo de fabricación estadounidense por parte de las fuerzas egipcias en sus operaciones aéreas en el norte del Sinaí. Human Rights Watch (HRW) advirtió en abril del mismo año más de 420 000 personas habían sido expuestas a necesidades humanitarias, con motivo de las severas restricciones impuestas y sus repercusiones en los suministros de alimentos, medicinas, combustible y otros bienes esenciales. En mayo, HRW también denunció que desde el inicio de la ofensiva “Sinaí 2018” el Ejército egipcio intensificó su campaña de demoliciones de hogares, comercios y granjas, en la mayor destrucción desde que se iniciaron las expulsiones forzadas en la zona en 2014.

Por último, merece destacar la tensión entre Egipto y Etiopía centrada en torno a las aguas del Nilo, específicamente en lo atinente a la Gran Presa del Renacimiento, cerca de la frontera con Sudán, y cuyas obras de construcción están impulsadas por Etiopía. Adís Abeba y Jartum apoyan con firmeza el proyecto, en tanto que El Cairo lo considera una amenaza

Resumen conflicto armado en Egipto (Sinaí)

Conflicto -inicio-	Tipología	Actores principales	Intensidad
			Evolución
Egipto (Sinaí) -2014-	Interno internacionalizado	Gobierno, Ansar Beit al-Maqdis (ABM) o Provincia del Sinaí (PS, filial de ISIS), otros grupos armados (Ajnad Misr, Majlis Shura al-Mujahideen fi Aknaf Bayt al-Maqdis y Katibat al-Rabat al-Jihadiya, Popular Resistance Movement, Liwaa al-Thawra y Hasam), Israel	2
	Sistema		↓

Fuente. *Alerta 2019! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz. Escola de Cultura de Pau, UAB.*

potencial. A medio plazo el reparto de las aguas del Nilo podría ser motivo de tensión, sobre todo cuando al susodicho proyecto se añaden realidades preocupantes como son la reducción de las lluvias en Etiopía o la reducción de nivel del lago Victoria, que tradicionalmente aporta del 20 al 30 % del caudal del Nilo, ante la falta de lluvias.

4. Análisis de los principales procesos en curso en Oriente Medio: Irak, Yemen e Irán

Con carácter general y siguiendo la conceptualización del Journal of Peace Research, del Peace Research Institute de Oslo, Oriente Medio es un “complejo regional de conflictos”, entendiéndolo por ello la suma o superposición de procesos que se producen, o se han producido, en un ámbito geográfico regional que se extiende desde Egipto y Sudán hasta Irán o Turquía, pasando por el mar Rojo y el Golfo Pérsico. Por cuestiones de delimitación y limitación temática, en este apartado nos centraremos exclusivamente en los principales procesos en curso en Irak, Irán y Yemen.

En primer lugar, resulta necesario recordar el punto de inflexión que supuso las Primeras Árabes en todo el mundo árabo-musulmán, aún más si cabe en Oriente Medio. La diversidad de regímenes políticos árabes era considerable antes de 2010. Entre regímenes como Siria, Libia o Irak, asimilables a dictaduras militares o de partido único, y Marruecos, Líbano o Jordania, con conceptos de autoritarismo y pluralismo social más laxos, había diferencias notables. Las revueltas árabes que sacudieron el mundo árabe desde principios de 2011 marcaron un cambio de paradigma.

Irak

Tras tres años de guerra contra el Dáesh, las Fuerzas de Seguridad Iraquíes (FSI) controlan el país y prácticamente han desmantelado a la organización terrorista Dáesh. En diciembre de 2017, el entonces primer ministro iraquí, Haidar al Abadi, anunció el final de la guerra contra los extremistas después de que las FSI, con el apoyo de la coalición internacional liderada por EE. UU., terminara de controlar la zona desértica fronteriza con Siria, en la provincia de Al Anbar, al oeste del país. Sin embargo, algunas formaciones extremistas siguen activas y han reivindicado hechos de violencia, sobre todo en el norte y este de Iraq. Según datos de la ONU a mediados de 2018, ISIS contaba aún con entre 20 000 y 30 000 combatientes, entre Iraq y Siria. Los abusos cometidos por Dáesh continúan saliendo a la luz. De acuerdo con un informe de la UNAMI y la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos, hasta la fecha de su publicación (noviembre de 2018), se habían identificado más de 200 fosas comunes.

Como consecuencia del enfrentamiento contra el Estado Islámico, se han destruido infraestructuras y redes de comunicación en el país valoradas por el Banco Mundial en 88 billones de dólares. Los efectos en la población civil también han sido devastadores: actualmente quedan aún 1,7 millones de iraquíes desplazados.

En este nuevo escenario post-Dáesh, tanto Iraq como la comunidad internacional están colaborando estrechamente en la reconstrucción de las zonas liberadas tras la ocupación de Dáesh. En el marco de la estabilización de Iraq actualmente coexisten varios fondos de financiación: (i) el Fondo de reconstrucción para Zonas afectadas por las operaciones terroristas; (ii) el “Funding Facility for Stabilization” gestionado por el PNUD; (iii) el Fondo “Iraq Reconstruction and Recovery” gestionado por el Banco Mundial; y el (iv) Fondo para el programa “Iraq Recuperation and Resilience”, anunciado en la Conferencia de Kuwait de febrero de 2018.

El Programa de Recuperación y Resiliencia se destina expresamente a revitalizar las comunidades, restaurar los sistemas agrícolas y de aguas, apoyar a la población superviviente o promover la reconciliación intracomunitaria. El coste anual de este programa es unos 500 millones de dólares durante dos años, y se gestiona a través del programa de estabilización que coordina el PNUD, institución que administra las contribuciones de los miembros de la coalición contra el Dáesh. Desde El PNUD, bajo la dirección del gobierno iraquí, las autoridades provinciales y en coordinación con los aliados internacionales, ha contribuido, en términos generales, a impulsar la recuperación social y económica del país, hasta la fecha con una serie de resultados esperanzadores:

- Mejor abastecimiento de agua para más de 800 000 personas,

- Restablecimiento del suministro eléctrico para más de 500 000 personas,
- Rehabilitación de 52 clínicas de salud atendiendo a más de 1,4 millones de personas,
- Más de 120 000 niños y niñas han regresado a la escuela en aulas rehabilitadas,
- Ayuda a casi 1,5 millones de iraquíes desplazados para regresar a su país.

Sea como fuere, el gobierno iraquí parece decidido a adoptar medidas para reflotar la economía (especialmente castigada por las consecuencias de la guerra y de la drástica caída del petróleo en 2014), promover el sector privado y luchar contra la corrupción. Pero la situación política y de seguridad sigue siendo inestable en los últimos meses. Podemos clasificar los retos a los que se enfrenta Iraq en cuatro categorías:



Respecto a la integración de las milicias en el marco institucional, durante el año 2018 se confirmó que las UMP o Hashd al-Shaabi –conglomerado que reúne a unos 50 grupos paramilitares– aprovechaban las ambigüedades de su condición legal para ampliar sus esferas de acción, trascendiendo el ámbito de la seguridad para alcanzar también la esfera política y económica. Basándose en su amplia popularidad por su papel en la campaña contra ISIL, se involucraron en tareas de reconstrucción y algunos de sus dirigentes, percibidos como próximos a Irán, se presentaron a las elecciones de mayo. Su bloque electoral, Alianza Fatah, obtuvo el segundo lugar en los comicios.

Las elecciones parlamentarias celebradas el 12 de mayo de 2018 arrojaron los siguientes resultados. Por un estrecho margen, se alzó con la victoria el partido Sairoun (liderado por Muqtada el-Sader; seguida de Fatah (liderado por Hadi Al-Ameri). Seguida de Nasr (liderada por Al Abadi) con 42 escaños; y Estado de Derecho (Maliki) con 25. En el Kurdistán iraquí, PDK y UPK consolidaron sus buenos resultados electorales. Seguidamente, tras meses de negociaciones entre los grupos políticos entre septiembre y octubre de 2018 se eligió al presidente del parlamento, Mohamed Halbusi, al presidente del país, Barham Saleh, y al primer ministro, Adel Abdul Mahdi. Sin embargo, al finalizar el año, persistían las disputas para el reparto de carteras clave, como Interior y Defensa. Del mismo modo, a lo largo de 2018 continuaron evidenciándose las tensiones entre las autoridades del Gobierno federal y las de la Región Autónoma de Kurdistán (KRG). El norte del país siguió siendo escenario de numerosos ataques del Ejército turco contra posiciones del PKK.

Además, a mediados de año hubo protestas populares en el sur para denunciar la inoperancia del Estado, la falta de servicios básicos y el elevado desempleo. Mahdi se perfilaba como el candidato idóneo para construir una nueva Iraq en la fase de posguerra, pero ha sido incapaz de cumplir las expectativas depositadas en su gobierno. Desde hace meses ha tenido que

enfrentarse a protestas de la población civil que reivindicaban graves problemas estructurales de corrupción, desempleo, falta de servicios y la injerencia del vecino Irán. Las intensas movilizaciones fueron duramente reprimidas por las fuerzas de seguridad con más de 400 personas fallecidas y centenares de heridas (según la Comisión de Derechos Humanos iraquí). La incompetencia e inoperancia del gobierno para reconducir la situación del país también ha sido puesta de manifiesto por el Gran Ayatolá. La única salida viable que encontró Mahdi fue la dimisión, aprobada por el Parlamento el pasado 1 de diciembre de 2019. A continuación, se abre un proceso de constitución de un nuevo gobierno, previsto en la Constitución iraquí del año 2005. De su éxito o fracaso dependerá el empeoramiento o recuperación de la crisis política en Iraq.

Las tensiones entre EE. UU. e Irán también afectan a la política de seguridad interior y exterior de Iraq. El pasado jueves 2 de enero, EE. UU. bombardeó las inmediaciones del aeropuerto de Bagdad acabando con la vida de Qassem Soleimani, jefe de la Fuerza Quds de la Guardia Revolucionaria iraní (Fuerzas Quds); la de Abu Mahdi al Muhandis, el jefe de las Fuerzas de Movilización Popular (FMP) y comandante de la milicia Kataib Hezbolá (KH); y con las vidas de al menos otras 10 personas. El secretario de Defensa norteamericano, Mark Esper, aseguró que Soleimani estaba “desarrollando activamente planes para atacar tropas y diplomáticos estadounidenses”. El primer ministro en funciones de Irak, Adel Abdul Mahdi, ha condenado duramente esta acción militar, señalando que “operaciones de este tipo, para eliminar a los comandantes de Irak y otros países hermanos, son una grave violación de la soberanía de Iraq”, añadiendo que las acciones llevadas a cabo por EE. UU. “han incendiado la mecha de una guerra devastadora en Irak, en la región y en el mundo. En esta línea, tanto el Primer Ministro iraní, Rouhani, como el Ayatolá Jamenei, han prometido “una dura venganza” y han calificado a los estadounidenses de “terroristas”.

Irán

En su dimensión interna, Irán participa de varios conflictos que, como consecuencia de sus imbricaciones económicas y geoestratégicas, se están internacionalizando. El primero de ellos, de carácter identitario y con reivindicaciones de autogobierno, tiene lugar en el noroeste del país. Las minorías que habitan esta región de Irán, especialmente los kurdos, han sido sometidas en las últimas décadas a políticas centralistas y de homogeneización. En este contexto, las protestas de estas minorías acusando de discriminación al gobierno iraní han sido constantes. Desde 1946 distintos grupos políticos y armados de origen kurdo se han enfrentado a Teherán con el reclamo de disfrutar de más autonomía. Grupos como el Partido Democrático Kurdo (PDKI) y Komala encabezaron esta lucha durante décadas y, desde 2004 es el Partido por la Vida Libre en Kurdistán (PJAK), vinculado al PKK de Turquía, el que protagoniza el conflicto con Teherán.

Por otro lado, encontramos otro conflicto en territorio iraní, este de carácter asimétrico y de baja intensidad, en concreto en la provincia de Sistán y Baluchistán. La contienda enfrenta a Irán y a varias organizaciones militantes sunitas de Baloch, consideradas organizaciones terroristas por Teherán. A pesar de la baja intensidad y delimitación de esta contienda, los intereses geoestratégicos regionales de países como Pakistán y Arabia Saudí están empezando a florecer. En este marco, Irán teme que Pakistán permita a Riad la utilización del puerto de Gwadar (cerca de la frontera iraní) como plataforma de lanzamiento para emprender acciones militares de desestabilización. Asimismo, Pakistán acusa a Irán de dar refugios separatistas baluchis, de igual forma que Irán culpa a Pakistán de proteger a grupos militantes sunitas de Baluchis. Los insurgentes activos en esta región se dividen, en términos generales, se dividen en dos grupos distintos: unos sunitas, financiados por el Reino de Arabia Saudita para atacar Irán y otros chiitas, promocionados por Teherán.

La situación actual de enfrentamiento entre el mundo chiita liderado por Irán, y el sunita liderado por Arabia Saudí tiene más de enfrentamiento geopolítico y social que religioso, aunque las diferencias religiosas se hayan utilizado para encorar aún más la rivalidad. Irán y Arabia Saudí representan dos concepciones del islam muy diferentes, aunque a un nivel más complejo que la mera polémica doctrinal entre sunitas y chiitas.

Por supuesto, no debemos pasar por alto el conflicto Irán, Estados Unidos e Israel y sus diversas derivadas que tienen un alcance global, afectando los intereses de países como Rusia, China o Arabia Saudí, entre otros. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca el pasado 20 de enero de 2017 ha supuesto un importante revés al proceso de descongelación de las relaciones entre Estados Unidos e Irán. Recordemos que, aunque Irán llevaba décadas negociando con la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA) y varios Estados, no fue hasta la llegada al poder del gobierno de Hasan Rouhani en 2013 cuando se impulsó definitivamente el acuerdo. En 2015 se firmó del Plan de Acción Integral (Joint Comprehensive Plan of Action o JCPOA) por el que Irán se comprometía a reducir significativamente su capacidad para enriquecer uranio. A cambio, la comunidad internacional eliminaría progresivamente algunas de las sanciones impuestas al país. A pesar de que el acuerdo fue considerado un hito del multilateralismo, la administración Trump trató por todos los medios de encontrar alguna infracción por parte de Teherán para legitimar la salida o renegociación del mismos. De cualquier forma, tras una serie de acusaciones israelíes algo difusas sobre proyectos nucleares previos en Irán, desarrollo de misiles balísticos y apoyo iraní al terrorismo internacional, Trump anunció su renuncia al mismo en mayo de 2018. Eso significaba el retorno de las sanciones y, aunque ninguno de los otros Estados firmantes estaba de acuerdo con la decisión norteamericana, el control de Washington sobre las finanzas globales y sobre las empresas que comercien con Irán.

La retirada unilateral del acuerdo y las sucesivas campañas de presión y desprestigio a Teherán están produciendo una escalada de tensión entre Teherán y Washington, en torno a la causa nuclear. En este marco, se ha desencadenado una batería de declaraciones amenazantes entre Trump y Rouhani. Un portavoz del ministerio de Exteriores iraní señaló que “el Gobierno de Trump está destruyendo todos los mecanismos internacionales establecidos para mantener la paz global y la seguridad”. Tras la declaración de Trump que designaba a la Guardia Revolucionaria Islámica (CGRI) “organización terrorista”, Rouhani respondió en los siguientes términos: “¿Quiénes son ustedes para clasificar a las instituciones revolucionarias como terroristas? Ustedes son los que quieren utilizar a los grupos terroristas como herramientas contra las naciones de la región... Ustedes son los líderes del terrorismo mundial”. La comunidad internacional ha tratado de apaciguar la escalada de tensión existentes. En este sentido, China ha denunciado una vez más la política de máxima presión de EE. UU. contra Irán y exige a Washington que corrija sus errores para apaciguar las tensiones. En esta misma línea, Rusia advierte que el acuerdo nuclear con Irán está cerca de desmoronarse. El ministro de exteriores de la Federación Rusa, Serguéi Lavrov, declaró el pasado lunes 30 de diciembre de 2019, tras una reunión con su homólogo iraní Mohammad Yavad Zarif que “esta importantísima conquista de la diplomacia internacional, el plan conjunto de acción para el programa nuclear iraní está a punto de colapsar”.

Por último, resultan imprescindibles algunas notas sobre la importancia de Israel para los intereses hegemónicos de Irán en Oriente Medio. En sus inicios, Irán emprendió la guerra contra Israel a través de sus representantes agentes estados. En la década de los 80, Irán entrenó a Hezbollah, milicia chiita en el Líbano, dirigiendo sus esfuerzos militares en expulsar a Israel del sur del Líbano. Además, Irán proveyó a este grupo terrorista ayuda

financiera, capacitación, armas, explosivos, política, diplomática y organizativa, mientras persuadía a la organización para que tomara medidas contra Israel. El objetivo declarado todavía es “liberar a Jerusalén del gobierno sionista”.

En un escenario similar, entre 2005 y 2011, Irán fue uno de los principales financiadores y proveedores de Hamás, en un ejercicio de apoyo directo a la resistencia palestina. Posteriormente, Teherán canalizó su ayuda financiera y militar hacia el Yihad Islámico Palestino en Gaza, en base a dos motivos: uno, el abandono progresivo del apoyo del Hamás sunita a la línea iraní en Siria, y; dos, el alto el fuego entre Israel y Hamás a principios de 2014. En cualquier caso, Irán consolidó un frente adicional en contra de Israel al Sur.

El actual esfuerzo iraní en Siria apunta a establecer un tercer frente al noreste, a lo largo de la frontera de Israel en los Altos del Golán. Alinear el control del noreste con la presencia militar en El Líbano, Siria e Irak, se justificaría en el deseo de disponer de un corredor terrestre con acceso directo al Mediterráneo. También podemos detectar esfuerzos iraníes para desestabilizar al reino jordano, situado a lo largo de la frontera oriental de Israel. El cerco sobre el estado judío estaría formado. Neutralizar su poderío militar es un objetivo estratégico primordial de Teherán, en su particular lucha de equilibrios y hegemonías el Medio Oriente.

Yemen

El caso de Yemen es muy particular en el conjunto de la península arábiga. Es el único régimen republicano, con elecciones periódicas y cierto grado de pluralismo. Es también, con diferencia, el país más pobre de la región, con unos recursos naturales muy limitados. Junto con Túnez, Egipto y Libia ha experimentado la caída de un presidente que se mantenía en el poder desde hacía décadas, como consecuencia de las revueltas

que comenzaron en 2011. Como en Libia, el derrocamiento del presidente ha recibido el apoyo internacional, si bien en Yemen este proceso ha sido relativamente pacífico. La participación de la comunidad internacional a través de la llamada «Iniciativa del Consejo de Cooperación del Golfo» permitió realizar una transición y encarrilar hasta 2014, a través de un diálogo nacional, las distintas fuerzas desatadas en 2011. No obstante, la pobreza extrema, la amenaza terrorista y los conflictos internos siguen pesando sobre el resultado final de este proceso.

En la revuelta de 2011 convergieron, hasta estallar, varios factores que se habían degradado progresivamente desde hacía años en un marco general de restricción de las libertades políticas y agravamiento de la pobreza: apropiaciones de tierras, reestructuración de la administración y del Ejército pasaron, enfrentamientos sangrientos entre las distintas comunidades y acciones antiterroristas. En febrero de 2011 comenzaron las grandes manifestaciones en la capital y otros puntos del país, con una participación muy notable de jóvenes y mujeres a los que se unieron campesinos y elementos tribales. Con el impulso saudí y el apoyo de los demás países del Golfo, en mayo de ese año se forjó un acuerdo según el cual Ali Abdulá Saleh abandonaría el poder y se daría paso a una transición a cambio de su inmunidad. A continuación, se sucedieron elecciones y acuerdos políticos en materias claves como instituciones, derechos y libertades fundamentales.

El balance de este proceso de transición es positivo desde un punto de vista formal. Desde el punto de vista material, se suponía que la transición política llevaría la estabilidad a Yemen, pero el presidente Hadi enfrentó multitud de problemas: al Qaeda, especialmente tras la fusión de la rama saudí y yemení de la organización dio origen a Al-Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), corrupción, inseguridad alimentaria y militares leales a Saleh.

El antiguo presidente Alí Abdullah Saleh, primero, y su sucesor, Abdo Rabbo Mansour Hadi, después, tuvieron que lidiar con los insurgentes seguidores del clérigo al-Houthi (hutíes) y

otras milicias y sectores aliados. Dicho conflicto se originó en 2004 cuando el bloque hutí insurgente orquestó una rebelión en el norte del Yemen, contra el entonces presidente Saleh. El discurso oficial ha acusado a los insurgentes de pretender la reinstauración de un régimen teocrático como el que imperó durante mil años en la zona, hasta el triunfo de la revolución republicana de 1962. El movimiento hutí, en el marco de las revueltas de la Primera Árabe, se aprovechó de la debilidad del nuevo presidente, Hadi, para tomar el control de la norteña provincia de Saada y zonas cercanas. Desilusionados por la transición, muchos yemeníes, sunitas incluidos, apoyaron a los hutíes, y a finales de 2014 y principios de 2015 los rebeldes tomaron Saná, la capital, forzando a Hadi a irse al exilio.

Coetáneamente, el Gobierno yemení ha enfrentado una fuerte presión internacional—sobre todo de EE. UU. y Arabia Saudita— para dedicar esfuerzos a la lucha contra AQPA. Aprovechando el vacío de poder en Yemen en el marco de la revuelta contra el presidente Saleh, AQPA amplió sus operaciones en el sur del país y las zonas bajo su control. A partir de 2011, el grupo comenzó a realizar algunas de sus acciones bajo la denominación Ansar Sharia (Partidarios de la Ley Islámica) y desde mediados de 2014 el grupo terrorista se involucró en enfrentamientos con milicias al-houthistas que avanzaron posiciones desde el norte de Yemen. AQPA ha aprovechado el clima de inestabilidad y la escalada de violencia en el país a partir de marzo de 2015—en el marco del conflicto entre los hutíes y las fuerzas leales al Gobierno de Hadi— y se ha enfrentado a ambos bandos. Este escenario también ha favorecido el ascenso de ISIS, que ha comenzado a reivindicar diversas acciones en el país.

Un informe de la ONU presentado en septiembre de 2019 carga contra los países que suministran armas y apoyo logístico a la coalición liderada por el gobierno de Riad por contribuir al sufrimiento y hambruna de la población civil en Yemen. En palabras textuales de la experta independiente de la ONU,

Melissa Parke, “está claro que el continuo suministro de armas a las partes en conflicto está perpetuando el enfrentamiento y prolongando el sufrimiento del pueblo yemení”. El informe identifica violaciones de los derechos humanos en ambos bandos del conflicto y acusa de una “falta de responsabilidad generalizada” tanto a los gobiernos de Yemen, Arabia Saudita y EAU, como a los hutíes y comités populares afiliados. Por tal motivo, el informe recomienda que todos los Estados prohíban la transferencia de armas a las partes involucradas para evitar que sean utilizadas en violaciones graves de derechos humanos. EE. UU., Reino Unido y Francia son los mayores vendedores de armas a Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos (EAU), líderes de la coalición que lucha contra el movimiento hutí que controla la capital yemení.

La guerra de Yemen está considerada como la mayor crisis humanitaria del mundo. Según datos publicados por ACNUR el pasado mes de marzo e 2019, solo en 2018 se reportaron más de 4 800 civiles muertos o heridos en el país (la quinta parte eran niños). El conflicto ha obligado a casi el 15 % de la población (alrededor de 4,3 millones de personas) a huir de sus hogares. Esto incluye a 3,3 millones de personas que permanecen desplazadas en todo el país.

5. Análisis de la evolución del terrorismo yihadista: Al Qaeda y Dáesh

Durante los últimos años hemos asistido en Oriente Medio a la aparición de dos modelos divergentes de militancia islamista, el de Al Qaeda y el del Dáesh, que han competido por la primacía en el mundo del islam radical. Ambos modelos opuestos de yihad han demostrado ser mecanismos efectivos para explotar las debilidades estructurales existentes en el Medio Oriente y para

aprovechar los vacíos de poder resultantes de la inestabilidad producidos por las Primaveras Árabes.

Al Qaeda y el Dáesh fueron particularmente diligentes en beneficiarse de las nuevas circunstancias, si bien ambos se distinguían por la utilización de diferentes estrategias de acción basadas en la distinta percepción de la violencia y de la territorialidad, con distintos grados de éxito. El Dáesh desarrolló e implementó un modelo diferente de yihad encaminado a fomentar la violencia sectaria y unilateral, con el fin de crear el caos suficiente para destrozarse países soberanos y comunidades políticas consolidadas reemplazándolos con un Estado islámico centralmente controlado. Al Qaeda, por su parte, se centró mayoritariamente en lo local en un aparente intento de presentarse como la marca yihadista favorita y más duradera, operando no solo por su propio interés, sino también por la satisfacción de las demandas de las sociedades árabes que se sentían agraviadas por sus Gobiernos.

La diferencia entre ambas organizaciones en cuanto a su aproximación estratégica se debe a que Al Qaeda respondió a la inestabilidad teniendo en cuenta las lecciones extraídas de las guerras de Afganistán e Irak, donde aprendió la importancia de cuidar su imagen si quería ganarse la confianza de las masas sociales y apoderarse de los sentimientos revolucionarios. Su visión estratégica particularmente sectaria basada en la utilización de la violencia masiva comenzó a causarle efectos perjudiciales en su imagen global en las sociedades árabes, corriendo el riesgo de dañar su capacidad de atracción en otras partes del mundo.

El objetivo estratégico último de Al Qaeda seguía siendo el de establecer un califato global compuesto por muchos emiratos islámicos locales formados a través de acción continua de propaganda complementada con acciones terroristas dirigidas contra los Gobiernos árabes. Sin embargo, este era un objetivo a muy largo plazo, por lo que, mientras tanto, Al Qaeda debía seguir una estrategia basada en tres líneas de trabajo interrelacionado: la primera era unirse o iniciar insurgencias localizadas contra

gobernantes locales considerados corruptos e insuficientemente islámicos; la segunda pasaba por difundir pacíficamente las nociones fundamentales del islam a través de la *dawa* o propaganda religiosa, y, finalmente, la tercera consistía en dirigir las actividades terroristas contra el enemigo lejano, entendiendo por tal a los Estados Unidos y sus aliados, principalmente Europa e Israel.

A partir de la intervención rusa en Afganistán Al-Qaeda puso en marcha su estrategia de lucha antioccidental, lo que llevaría entre otros actos terroristas, a perpetrar el triste atentado al World Trade Center, el 11 de septiembre de 2001. Este hecho marcó un punto de inflexión en el terrorismo yihadista, que adquiriría una dimensión internacional y se convertiría en una amenaza global. Aunque Al-Qaeda aprovechó la enorme publicidad del evento para difundir su propaganda, mezclando una retórica antimperialista con una visión salafista y violenta del islam, a largo plazo el atentado provocó una guerra sin

cuartel por parte de la mayor parte de la comunidad internacional. Las guerras que EE. UU. y sus socios occidentales lideraron en Afganistán e Irak provocaron una mutación en las estrategias de los grupos terroristas. Al-Qaeda fue perdiendo importancia paulatinamente, pero supo adaptarse a los nuevos tiempos, tejiendo alianzas con grupos salafistas del Cáucaso y, sobre todo, de África. Su modelo jerárquico fue transformándose en el de células independientes más difíciles de combatir. El terrorismo pasó a ser universal, global y descentralizado. En este marco conviene recordar la proliferación de franquicias locales de Al-Qaeda a lo largo del continente africano, Oriente Medio y Asia. La preferencia por las franquicias es un fenómeno que se ha extendido por toda la geografía del yihadismo a partir de la creación de la filial de Al Qaeda en Irak en el 2003. A continuación, se muestran algunas de las organizaciones terroristas vinculadas con Al-Qaeda más representativas:



Otro hito trascendental en la evolución del terrorismo yihadista fue la Primavera Árabe. A partir de 2011, un número considerable de personas se sintieron atraídas por unos grupos que abogaban por modelos sociales, religiosos y políticos alternativos, a pesar de la violencia empleada. Además, la pobreza, el desempleo, la corrupción, la mala gestión económica y política, la represión y la inseguridad instaladas desde hacía décadas en las sociedades árabes proporcionaron las condiciones adecuadas para que los grupos yihadistas como Al Qaeda o el Dáesh sacaran partido.

Dáesh surgió con motivo del vacío de poder existente tras la derrota de Sadam Hussein y las posteriores luchas internas que ensangrentaron Irak. Con el apoyo de las tribus suníes, tradicionalmente en el poder, pero que habían sido excluidos tras la intervención norteamericana, fueron adquiriendo fuerza poco a poco.

De esta manera, a partir de mediados de 2013, quedaron trazadas las líneas de diferenciación entre ambos movimientos, que pasaron a competir por el liderazgo del yihadismo local y global. Una vez que la dinámica de la competencia intrayihadista entre Al Qaeda y el Dáesh se consolidó, los dos movimientos yihadistas comenzaron a luchar entre sí, inicialmente en Siria y, de manera cada vez más notoria, en todo el mundo. En esta pugna la fortuna sonrió inicialmente al Dáesh. Sus éxitos militares y conquistas territoriales permitieron al por entonces Estado Islámico en Irak (ISI) la proclamación del califato islámico en junio de 2014, autodenominándose Estado Islámico de Irak y Siria (ISIL o, peyorativamente, Dáesh). Los fulgurantes inicios del ISIL se

fueron diluyendo en los años venideros, principalmente a causa del desarrollo de los acontecimientos en Irak (apoyo internacional al Ejército regular iraquí) y en Siria (fortalecimiento del Ejército Libre Sirio de al-Asad y de las Fuerzas Democráticas Sirias en el norte el país). En noviembre de 2017, el califato había implorado después de la pérdida del 98 % de su territorio y de las dos ciudades principales de Mosul y Al Raqa, su capital nominal.

Aunque el autoproclamado califato islámico esté prácticamente desintegrado, el peligro de seguridad que representa el reclutamiento de combatientes extranjeros para los más de 86 países que tenían o han tenido connacionales luchando en Irak o Siria es muy elevado. En diciembre de 2015, cerca de 30 000 combatientes extranjeros luchaban en las filas del Dáesh, fuertemente radicalizados y sin miedo al martirio.

La propaganda para la captación de estos jóvenes es simple, pero efectiva. La productora del Dáesh, Al Hayat, produce elementos bien elaborados que captan perfectamente los deseos de una generación musulmana, criada sin los valores familiares paternos y maternos y sin los mismos nexos afectivos con su lugar de origen. Estos jóvenes criados en Europa no se sienten identificados totalmente con la cultura de sus padres, ni la de sus países árabes de origen, pero, al mismo tiempo, se sienten incomprendidos y sin oportunidades laborales, situación que se agrava considerablemente con discursos políticos islamofóbicos. El sentimiento victimista es uno de los mayores recursos que tiene el Dáesh para proceder al adoctrinamiento y a la radicalización de estos jóvenes.

6. Bibliografía

- AL ASWANY, A. (2011): *Egipto: las claves de una revolución inevitable*, Madrid, Galaxia-Gutenberg.
- BASSETS, L. (2012): *El año de la Revolución: cómo los árabes están derrocando a sus tiranos*, Madrid, Taurus.
- DURO MONTEALEGRE, R. (2004): *El Islam en el mundo árabe: respuesta a una globalización Excluyente*, Oasis, 2004
- GUTIÉRREZ DE TERÁN, I. y ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (edit.) (2011): *Informe sobre las revueltas árabes*, Guadarrama, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- HALLIDAY, F. (2005): *El Islam y el mito del enfrentamiento*, Barcelona.
- ISMAIL, T. (edit.) (2011): *Government and Politics of the Contemporary Middle East: Continuity and Change*, London, New York, Routledge.
- IZQUIERDO, F. (2009): *Poder y regímenes en el Mundo Árabe contemporáneo*, Bellaterra/Fundación CIDOB, Barcelona. Disponible en https://www.cidob.org/es/content/download/57542/1485473/version/2/file/26_PODER%20Y%20REGÍMENES%20EN%20EL%20MUNDO%20ÁRABE.pdf
- KÜNG, H. (2006): *El Islam. Historia, presente y futuro*, Madrid, Ediciones Trotta.
- LEWIS, B. (21990): *El lenguaje político del islam*, Madrid 1990.
- LÓPEZ GIL, P., OTERO IGLESIAS, M., PARDO PEREIRA, M., & VICENTE MARIÑO, M. (n.d.) (2010): *La imagen del mundo árabe y musulmán e la prensa española*. Fundación Tres culturas.
- MACKINLAY, A. (2019): *Oriente Medio. Equilibrios y tensiones*. Documento de Opinión IEEE 60/2019. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2019/DIEEEO60_2019ALEMAC_OrienteProximo.pdf
- TADROZ, M.: *The Muslim Brotherhood in Contemporary Egypt: Democracy Redefined or confined?*, New York, Routledge, 2012.
- SÁNCHEZ MATEOS, E.: *El nuevo marco geopolítico de Oriente Medio, Política y Sociedad*, 55(3), pp. 673-692. 2018

Informes

- Anuario IEMED del Mediterráneo 2012. Disponible en: <http://www.iemed.org/publicacions-es/historic-de-publicacions/anuari-de-la-mediterrania/anuari-iemed-de-la-mediterrania-2012>
- Arab Human Development Report*. Informes del Programa de Desarrollo de Naciones Unidas (UNDP), elaborados por investigadores árabes sobre sociedades árabes. Disponibles en: <http://www.arab-hdr.org/Default.aspx>
- Doing Business in the Arab World* (2012). Informe del Banco Mundial sobre las economías de los países árabes. Disponible en: <http://www.doingbusiness.org/-/media/FPDKM/Doing%20Business/Documents/Special-Reports/DB12-ArabWorld.pdf>

Enlaces web

AECID - Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo: <https://www.aecid.es/ES>

Arab Reform Initiative: www.arab-reform.net/

Carnegie Endowment for International Peace (Middle East): www.carnegieendowment.org/programs/global/index.cfm?fa=proj&id=107

Casa Árabe: <https://www.casaarabe.es/>

CIDOB - Centro de Investigación de Relaciones Internacionales y Desarrollo: <http://www.cidob.org/es>

El conflicto del Sáhara Occidental. Ignacio Fuente Cobo. Fernando M. Mariño Menéndez. Doc. Provincia 53: <https://www.provincia53.com/>

IECAH - Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria: www.iecah.org/

IEMed – Instituto Europeo del Mediterráneo: <http://www.iemed.org/>

International Crisis Group (Middle East and North Africa): www.crisisgroup.org/

Los conflictos sociales se incrementan en el centro de Túnez: <https://www.atalayar.com/content/los-conflictos-sociales-se-incrementan-en-el-centro-de-tunez>

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán www.opemam.org/

POGAR - Programa de gobernanza en los países árabes: www.pogar.org/

Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales (Mediterráneo y Mundo Árabe): www.realinstitutoelcano.org

Situación actual en Libia: <https://www.dsn.gob.es/es/actualidad/sala-prensa/situaci%C3%B3n-libia-17042019>

TEIM – Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos <http://www.tallerTEAM.com/>